

Ediciones BISTAGNE

publica, quincenalmente, la más selecta colección de novelas, titulada

Biblioteca "Nuestro Corazón"

NÚMEROS PUBLICADOS

- N.º 1 **La que se hizo amar,**
por Marcel Priollet
- „ 2 **Nada se borra,**
por Max Dervieux
- „ 3 **La esposa y la amiga,**
por José Baeza Valero
- „ 4 **El hombre que no servía para nada,**
por Jorge Clary
- „ 5 **La falta del hombre,**
por René Trotet de Bargas
- „ 6 **Mujeres...,**
por Francisco-Mario Bistagne

Acaba de aparecer el 7.º volumen

Lecciones de la vida,

por Félix Léonnec, con gran éxito.

Biblioteca "Nuestro Corazón"

está lujosamente presentada, consta de 96 páginas de buen texto y

su precio es el de UNA PESETA

J. HORTA, IMPRESOR

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 330

25 CTS.



FRIVOLIDAD

POR
LEATRICE JOY
CHARLES RAY
de Catalunya

CRISP, Donald

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES BISTAGNE

Redacción

PASAJE DE LA PAZ, 10 bis

Administración

Teléfono 4423 A

Año VII

BARCELONA

N.º 330

FRIVOLIDAD

(VANITY, 1927)

Dramático asunto, interpretado por

LEATRICE JOY y CHARLES RAY

i MARK HALE

10

Producciones PRO - DIS - CO

(Producers Distributing Corporation)

EXCLUSIVA DE

JULIO-CÉSAR, S. A.

Calle Aragón, 316 — BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
LOWELL SHERMAN





FRIVOLIDAD

Argumento de la película

Estamos en 1918 y en la suntuosa morada que en San Francisco de California posee la multimillonaria señora Jane de Fiske.

Barbarita Fiske, la hija de la riquísima señora, era bárbaramente bonita. Dios estaba de buen humor el día que la niña vino al mundo, y ¡Señor! salió una preciosidad.

No se parecía a su padre ni a su madre, que eran feílos, pero sí a los mismos ángeles.

Sin embargo, Barbarita, la arrebatadora heredera de los millones de los Fiske, tenía un gran defecto: era una niña excesivamente moderna, es decir, mal criada.

La culpa de ello no la tenía nadie más que su madre, tan rica en dólares como pobre en seso.

La buena señora, que conoció en sus mejores años la pobreza, al verse inmensamente rica y viuda concentró todas sus ilusiones en Barbarita, convirtiéndola en un bibelot que no tenía precio, materialmente hablando.

Cada mañana, al levantarse, Barbarita se veía rodeada de una legión de doncellas que cuidaban de su persona de la cabeza a los pies, dejándola como nueva cada nuevo día, fragante y suave como una rosa recién abierta.

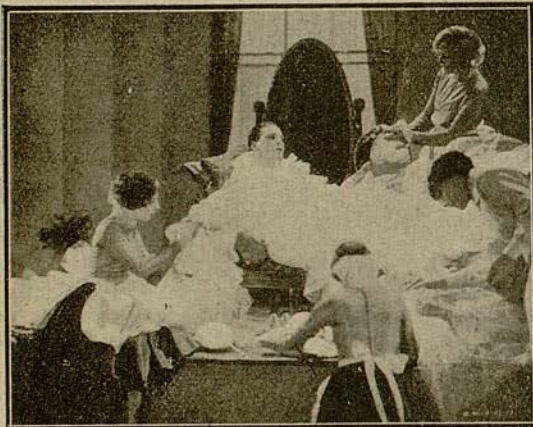
Así, añadiendo la meticulosidad de su *toilette* a su innata hermosura, no era de extrañar que Barbarita resultase un bocado de cardenal.

Pero Barbarita, creyéndose omnipotente, era orgullosa, y las doncellas a su servicio pasaban, a veces, malos ratos, pues la niña era tremendamente exigente y no toleraba la más ínfima torpeza de sus criados.

Aquella mañana, a medio hacer aún su *toilette*, Barbarita fué llamada al teléfono por el teniente Lloyd Van Courtland, del Servicio de Aviación, un joven muy simpático, pero modesto de cuna, y prometido de Bárbara quien al poner sus ojos en él puso también su corazón sin reparar en que tenía o no tenía fortuna.

En eso demostró Barbarita que tenía un fondo bueno.

La niña millonaria se puso al aparato, coquetón como todos los objetos de que se servía, y que formaba dos caprichosas rosas; y recibió una gran alegría al reconocer en la voz a su amado.



Cada mañana al levantarse, Barbarita se veía rodeada de una legión de doncellas.

—¿Qué quieres, Lloyd?

—Amor mío, tengo grandes cosas que comunicarte, Barbarita. Te las diré esta noche. Por ahora, ahí va eso...

Y le mandó un largo beso por hilo.

Barbarita continuó luego, ilusionada, pen-

sando en su novio, su larguísima *toilette*, la cual su madre vino a interrumpir con su presencia.

—Pero ¿aun estás así, hijita? Necesitas toda la mañana para arreglarte.

—Naturalmente, mamá... La mañana es muy corta...

—Date prisa, que tenemos visitas por hacer antes de la comida. Me he comprometido y no podemos faltar.

—Bien, pero después me dejarás libre, porque mis soldaditos me esperan. Además, mamá, tenía que decirte una cosa...

—¿Qué se te ha ocurrido de nuevo?

—Mira, yo quiero ir a Europa, a la guerra, antes de casarme. Quiero ver la guerra. Es un caprichito digno de una Fiske.

—Eso es absurdo, hija mía, en una joven de tu posición. Y te advierto, Barbarita, que no está bien que vayas con tanta frecuencia al Centro de Recreo que has montado para los alistados de la guerra.

—¡Pero, mamá, aquellos muchachos son tan buenos, tan francos, tan diferentes de los de nuestra buena sociedad!...

La soberbia dama no pudo seguir sermoneando a su hija, pues ésta se colgó de su cuello y la obligó a sonreírse, no prohibiéndole divertirse a su manera.

De modo que, por la tarde, como tenía por costumbre, Barbarita fué al Centro de Recreo fundado por ella para esparcimiento de los voluntarios que iban y venían de la gran lucha.

Algunos soldados no la conocían aún. Acababan de llegar y no sabían quién era ella.

Entre éstos se contaba el marino Dan Morgan, llamado popularmente "Feliz Dan". Era un muchacho fornido, de unos treinta años de edad, curtido por la vida azarosa de la aventura.

Dan Morgan amaba una sola bandera, era cierto; pero con las mujeres no era tan exclusivista, y al ver a Barbarita se le hizo agua la boca.

¡Caramba, qué escultura!

En realidad, Barbarita estaba monísima vestida de cantinera, tocada su linda cabeza con un gorrito belga hacia atrás y ladeado, que dejaba al descubierto su linda carita.

Sin encomendarse a Dios ni al diablo, Dan fué a estrechar la mano de Barbarita, la gentil madrina de todos los que necesitaban divertirse un poco de regreso de la guerra, y esa libertad, sin haberle sido antes presentado, no dejó de sorprender desagradablemente a la señorita. Pero era un soldado y debía ser lo

más amable posible con ellos, olvidando sus torpezas.

Barbarita, que fué objeto de cariñosa recepción por parte de los demás soldados, sentóse entre ellos y les anunció que deseaba organizar una representación teatral para cuando llegasen los nuevos soldados con permiso.

Algunos estaban ya enterados de ello, y después de explicarles el papel que debían representar, el cual luego les escribiría ella misma para que lo aprendieran teóricamente, mandó al tablado, levantado en el fondo de la habitación para aquellos casos, a Dan Morgan y otros dos soldados.

Los tres debían representar la farsa de la mujer que ha cautivado, involuntariamente, a dos hombres, pero que sólo quiere a uno de ellos, y en la que el desdeñado, furioso, elimina a su rival para hacerse amar, en vista de su valor, por la bella.

Dan Morgan representaba el papel del tío desdeñado, y puso tal brío en su cometido, que el hombre que hacía de mujer — pues en el Centro no se permitía el acceso a más mujeres que a la fundadora — puso el grito en el cielo al ser derribado al suelo por dos veces.

—¡Bruto! — exclamó, doliéndose de su parte más carnosa y de la nariz.

—No se enojen — gritóles Barbarita—. Eso no ha sido nada.

El hombre mujer — valga la frase — protestó:

—¡Sí que ha sido, señorita! Yo no quiero ser chato. Este bruto me ha aplastado la nariz.

—Silencio... Yo les indicaré cómo han de interpretar esa escena.

Barbarita subió al tablado y reconciliando a los dos soldados les hizo repetir la escena en la que el hombre-mujer daba con su retaguardia en el suelo.

Pero Dan, nuevamente, estuvo torpe, y en lugar de recibir en sus brazos al hombre-mujer, que era bizco, es decir, que inspiraba poco, lo dejó caer sin contemplaciones, surgiendo una segunda parte de discusión.

Barbarita, comprendiendo que si ella no les mostraba prácticamente cómo debían interpretar aquella escena, ellos no la sacarían nunca, se decidió a tomar el lugar del hombre-mujer, y dijo a Dan, abandonándose en sus brazos:

—Míreme usted a los ojos, Dan.

Al decirle eso, Barbarita quería decir que fingiese que estaba loco de deseo de conseguir su amor, y ella, entonces, le diría que le

amaba, fundiéndose en tal momento en un fuerte abrazo.

Dan, muy inspirado teniendo entre sus brazos a Barbarita, la miró ardientemente a los ojos, y, olvidándose de que estaba interpretando una farsa, la besó en los labios como lo que era: un bruto.

Los soldados envidiaron a su compañero en aquel momento, pero en su fuero interno protestaban contra su atrevimiento.

El hombre-mujer se cayó de espaldas, de envidia también, sin duda.

Barbarita indignóse para sus adentros, no haciéndolo exteriormente para no dar mucha importancia al asunto, y dijo, severamente, a Dan:

—¡Lo que ha hecho está muy mal! ¡No lo vuelva a hacer!

El marino, sonriéndole, repuso:

—Cuando una mujer mira de esa manera es que quiere que la besen, y usted no es distinta de las demás.

Barbarita replicó, midiéndole con soberbia:

—Una reina puede mirar cariñosamente a un gato, Dan, pero no quiere decir que el gato la bese.

Al oír eso, los soldados se echaron a reír, y Dan fué objeto de la burla general:

—¡Hola, gato Periquito! — le dijeron algunos.

Y Dan crispó los puños... y le acometieron terribles deseos de volver a besar la boca perfumada y roja de Barbarita...

*
**

Aquella noche Lloyd, el novio de Barbarita, fué a verla a su casa.

Barbarita le esperaba llena de ilusión.

Pero Lloyd llegó triste.

—¿Qué te sucede? — preguntó ella, intranquila.

—Vengo a decirte adiós. Por fin ha llegado la orden de marcha. Salgo esta misma noche.

—¡Oh, Lloyd!

—Es la guerra, hijita...

—Yo creía.....

—Alégrate, Barbarita... Voy a cumplir mi deber de soldado...

—Sí, Lloyd, pero no sé... quisiera que ya hubieras vuelto...

—No temas... No voy todavía al frente... Estaré probablemente un mes en París... Y después...

—Y después, ¿qué?

—Después... marcharé a las trincheras.

—¡Oh, Lloyd! ¡Tengo miedo!

—No temas, mi bien... Yo volveré...

—¡Sí, Lloyd, yo quiero que vuelvas!

Las lágrimas brotaron dolorosas de los lindos ojos de la maravillosa criatura que parecía no tener corazón.

Amaba, sinceramente, a un hombre pobre, y en el momento de su separación sentía que algo se desgarraba en su pecho, al que tantas satisfacciones podía proporcionar el dinero.

Ella esperaba a su amado, sí; y si en aquel instante le hubiesen dado a escoger entre él y su fortuna, sin duda alguna se hubiese inclinado por Lloyd, por el amor.

... ..

Lloyd partió a la guerra.

Pasaron meses de insospechada ansiedad para la niña frívola.

Vinieron cartas de Lloyd.

Después no vinieron.

Luego volvieron a venir, y por fin llegó el Armisticio.

En San Francisco de California, como en todas partes, se dispensó un cordial acogimiento a los que regresaban de la tremenda prueba.

En casa de la multimillonaria señora Fiske todo el servicio participaba de la alegría

de la señorita, y, al mando del mayordomo, cantaron un himno a la Victoria.

La llegada de la señora enfrió los ánimos. El rostro de la dama dispersó a los criados.

Barbarita se disgustó por la brusca interrupción de la algazara.

—Mamá, hoy es día de alegría... — dijo a su madre.

—Es un día glorioso, verdaderamente, pero hay que saber guardar las formas... Además, tu joven aviador que se fué a la guerra, ¿merece una joven como tú?

—Yo le quiero, mamá.

—No te faltan mejores partidos.

—El es mi primer amor, mamá, el único, el que no puede olvidarse.

En aquel momento apareció Lloyd por la puerta del salón.

Barbarita no le esperaba tan pronto y corrió a echarse en sus brazos.

La señora Fiske, acostumbrada a dejar hacer su santa voluntad a su hija, retiróse, y los dos novios permanecieron largo rato amorosamente abrazados.

De súbito Barbarita notó que Lloyd no movía uno de los brazos y vió que llegaba herido.

—¡Oh, mi soldadito valiente!

—No es gran cosa, querida. Una caricia

del enemigo. No tengo derecho a queja. Otros infelices...

—Calla, calla, Lloyd... Bendigo a Dios que te ha devuelto sano.

—La guerra ha sido una terrible medicina, amada mía. Yo de mí sé decirte que las trincheras me han curado de una serie de ideas absurdas que antes tenía sobre la importancia de mi persona.

—¿Y me quieres más que antes?

—Como siempre, Barbarita. Más no puedo ya quererte. Tú ocupas todos mis pensamientos, y fué tu recuerdo lo que me animó durante las horas negras de la campaña. He sufrido mucho, pero, lo repito, no tengo derecho a protestar... Otros quedaron allá, para siempre...

—¡Oh, calla!

Y Barbarita, le gentil niña frívola, se estrechó más contra Lloyd, como queriendo protegerle de un peligro imaginario al evocar el sangriento epílogo de la vida de los héroes caídos en tierras lejanas...

*
**

Algunos días después, Lloyd, completamente restablecido, visitó a Barbarita, como todos los días, elegantemente vestido de paisa-

no, libre ya su brazo herido de las vendas que le imposibilitaban todo movimiento.

Los dos jóvenes, a solas, hablaron de su cariño, anhelando ir pronto al altar, pues Lloyd quería tener su casita, su nido, con Barbarita, prescindiendo de la autoridad de la futura madre política, que le intimidaba con su soberbia.

Una vez casados, Barbarita sería suya, exclusivamente suya, y la suegra, muy digna de respeto, desde luego, no podría atentar más contra su felicidad pretendiendo casarla con otro partido más rico.

Entregados a su idilio estaban los novios cuando presentóse ante ellos el mayordomo conduciendo violentamente a una criada. La madre también acudía.

—Señorita... — dijo el mayordomo.

—¿Qué ocurre, Sebastián?

—Mire usted, señorita.

Y abrió una maleta que la criada, vestida de calle, se aprestaba a llevarse y que contenía vestidos de Barbarita.

Esta, indignada, censuró con acritud a la criada:

—Yo la pago a usted bien. ¿Por qué me roba usted, además?

La criada, sollozando, respondió:

—Yo no la he robado a usted, señorita; ha

sido nada más para presentarme bien en una reunión y con ánimo de devolverle a usted todo que me llevaba esto.

La señora Fiske intervino, implacable:

—¿De modo que ha sido usted ladrona sólo para satisfacer su frivolidad, su coquetería? Tendré que entregarla a la policía.

La criada suplicaba piedad a Barbarita, mas ésta, ante las palabras de su madre, creyó bien en decir:

—Mamá tiene razón. Debe usted ser castigada, María. No debe haber indulgencia cuando se comete un delito.

María, exaltada en su dolor, contestó re-
criminadora:

—Señorita, tiene usted demasiada inexperiencia para hablar así. Usted no sabe lo que hubiera hecho viéndose en mi caso.

Lloyd observaba a las tres mujeres, y compadecido de María se dispuso a salvarla.

Para ello le hizo seña de que echase a correr en dirección a la puerta cerca de la cual él estaba, indicándole que la dejaría pasar libremente, impidiendo que nadie la siguiese.

La criada vaciló al principio, pero viendo en el rostro de Lloyd la nobleza de su intención, aprovechó un momento de descuido de Barbarita y su madre y huyó.

Barbarita pretendió correr detrás de la

fugitiva, pero Lloyd le cerró el paso, estrechándola entre sus brazos.

La señora Fiske, comprendiendo que Lloyd les daba una lección, retiróse murmurando contra él.

Barbarita, un tanto enfadada, pidió explicaciones a Lloyd por haberla detenido cuando iba a dar alcance a la ladrona.

El, jovial, le dijo:

—Déjala, mujer... No es tan grave el delito...

Barbarita estaba de acuerdo con su novio. Sin embargo...

—A mí no me importan nada los vestidos, pero me ha dolido lo que esa criada ha dicho de mí.

En efecto, la causa del enojo de Barbarita era la censura que María le había dirigido. ¡Qué osadía llamarla inexperimentada!

Lloyd sonrió, y mirándola a los ojos murmuróle:

—Faltando sólo unos días para nuestra boda podrías ser algo más indulgente...

—Sí yo, Lloyd...

—Tú eres tan buena como hermosa y has de demostrarlo cuando se presenta una ocasión. Esta, por ejemplo...

—Por mí, no se hará ningún daño a María.

—¡Así me gustas, preciosa mía!

*
**

Faltaban pocos días para que Barbarita se llamase señora de Van Courtland, pero a los novios les parecieron siglos, tal era su impaciencia.



—Déjala, mujer. No es tan grave el delito.

La víspera de la boda, mientras algunas amistades contemplaban alabanciosas los regalos y vestidos de la novia, cuyo *trousseau* era maravilloso, tal como suena, anunciaron a Barbarita que Lloyd deseaba verla.

La novia acudió a recibirle llena de alegría, y, lejos de indiscretas miradas, hablaron

quedamente, pero, seamos francos, se besaron mucho más.

—Vengo a decirte, tesoro mío, que mis buenos amigos se empeñan en hacer mi despedida de soltero, y a suplicarte que me lo permitas.

—¡Ah, pillín! Pidiéndomelo de tan humilde manera, ¿cómo sabría negarme a complacerte? Diviértete en tu última noche de libertad, pero sé buen muchacho y no hagas locuras.

—No temas. Pensando en ti soy capaz de hacerme monje...

Aquí amenizaron la plática con unos cuantos besitos más y Barbarita suspiró:

—Querido Lloyd, soy tan feliz, tan maravillosamente feliz, como sólo puede serlo Bárbara Fiske.

Lentamente salieron al jardín y en él se despidieron los novios, diciéndole Lloyd a Barbarita, envolviéndola en una cálida mirada:

—Querida mía, ya no te veré hasta que nos encontremos en el altar...

No lejos de allí acababa de desembarcar el marino Dan Morgan. Se conservaba tan bruto como antes, y como viera a dos hombres pelearse, los separó, pero uno de ellos se permitió algunas palabras con él, y Dan para demostrarle que no admitía bromas, lo tiró al agua como una vulgar lata de conservas vacía.

La casualidad hizo que Dan viera a Barbarita despidiendo a Lloyd, y, reconociéndola, pensó con dulzor en el beso que él le diera en el Centro de Recreo algunos meses atrás, y no pudo resistir a la tentación de ir a saludarla, a pesar de que ella quedó resentida con él por su osadía.

—¡Hola, señorita Fiske! — saludóla, alargándole su manaza, cuando Lloyd ya estaba lejos.

Barbarita le miró de pies a cabeza.

—¿No me recuerda, señorita? Soy Dan, el "Feliz Dan", del Centro de Recreo.

—¡Ah, sí!

—Estoy un poco cambiado... más gordo... Es que he prosperado ...Soy capitán de un hermoso barco que acaba de llegar de Yokohama.

—Lo celebro... Siempre he deseado la mayor felicidad a mis soldados.

—Muchas gracias, señorita. Y sus soldaditos, agradecidos, no la olvidan. ¿A que no sabe usted cómo se llama mi barco?

—No sé...

—El "Lady Bárbara", en honor de usted, de quien siempre me acuerdo, señorita.

—Muchas gracias.

—Usted se lo merece todo... y supongo que no me guarda usted rencor por lo del...

—No soy rencorosa.

—No sabe usted cuánto se lo agradezco, y ello me anima a decirle que algunos de los antiguos compañeros están en mi tripulación y quisiéramos que viniera usted esta noche a bordo para verlos a todos. Daremos una fiesta en honor de nuestra protectora.

Las palabras de Dan halagaban a la frívola. De buena gana aceptaría, pero...

—¿Se decide usted a venir, señorita? —preguntó Dan.

—Con mucho gusto iría; pero no puede ser. Me caso mañana al mediodía.

—Sí ...Ya hemos leído las noticias de su próxima boda. Por eso quisiéramos que honrara usted nuestro barco en las últimas horas de su libertad.

—No puede ser, Dan. No me haga caer en la tentación...

—Decídase usted y de todos modos yo la esperaré en el muelle número 7.

—No... no iré... Pero gracias...

Dan marchóse esperanzado. Conocía un poco a las mujeres y sabía que halagando su

vanidad se podía conseguir algo de ellas. No estaba enterado de la boda, pero como oyó a Lloyd decirle que no la volvería a ver hasta el altar, fingió, cuando ella le dijo que se casaba al día siguiente, saberlo ya. Por eso la invitó a ir a su barco, no dudando que, para aprovechar la última noche de libertad, aceptaría reunirse con sus soldaditos.

La madre de Barbarita dijo a su hija, al anochecer:

—Esta noche ceno fuera, hija mía. Quédate leyendo este libro sobre el matrimonio. En él hallarás cosas que te interesa saber.

Barbarita resignóse a quedarse sola en su casa, pues ni por un momento pensó en acudir a la cita que le había dado Dan, el marino.

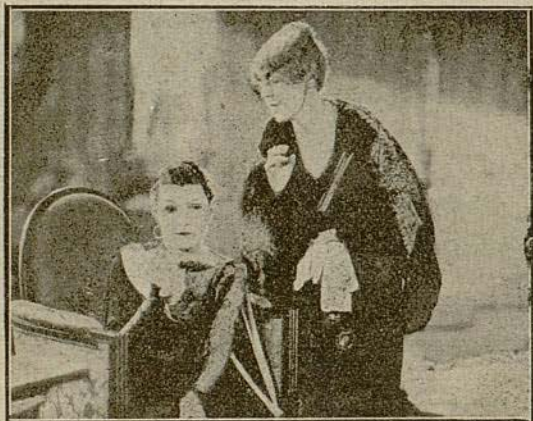
Pasó el tiempo, y después de cenar, la criada de Barbarita se presentó ante ésta y le pidió permiso para ausentarse unas horas.

—Señorita, quisiera salir esta noche, si usted me lo permite. La servidumbre de la vecindad da un baile en honor de usted.

Halagada por la fiesta dada en su honor, la niña mimada aceptó, y, sintiéndose muy sola, decidió comunicarse por teléfono con Lloyd

en el Club donde sus íntimos celebraban su despedida de soltero con una cena espléndida.

Lloyd no se movió de su asiento en la mesa. Sus amigos le alargaron el teléfono y habló



—*Quédate leyendo este libro sobre el matrimonio.*

a su novia rodeado de ellos, curiosos y risueños.

Barbarita le dijo, con voz triste:

—Tu pobrecita novia está sola. ¿No lo sientes?

Algunos amigos, acercándose al aparato, cantaron:

La novia llora su soledad.

—¿Eh? ¿Qué dices? — preguntó Barbarita.

Los amigos prosiguieron:

La novia llora, tra, la, la, la.

Lloyd no pudo hacerse oír por Barbarita, pues los gritos de sus amigos ahogaron su voz en el aparato, y la novia, resignándose también a no poder hablar con su amado, colgó el receptor y se hundió de nuevo en su butaca.

Y escribió en un diario:

Mi última noche de libertad.

¿Qué apunte haría?

Recordó, sin quererlo, a Dan, y escribió:

Un lindo barco que se llama como yo está en el puerto. Si yo me atreviera...

La tentación ganaba terreno en su espíritu, y su soledad era propicia a dejarse arrastrar por el deseo...

En tanto, Lloyd era objeto de cariñoso homenaje por parte de sus íntimos que, colocándole en el centro de la redonda mesa alrededor de la cual se sentaron a cenar, brindaron, de pie sobre las sillas y la mesa a un

tiempo, por su dicha eterna con la linda Barbarita.

*
**

Para una mujer el saberse admirada es un estimulante que raras veces la detiene al borde del peligro.

Barbarita no era una excepción, ni mucho menos.

Tan era así que, sin detenerse a reflexionar más sobre su paso, resolvió ir al barco de Dan, para reunirse con sus queridos soldados, que tan buenas horas de honesta diversión le debían.

Al salir de su casa clavó con un alfiler en la puerta de su habitación esta nota manuscrita:

A los criados.

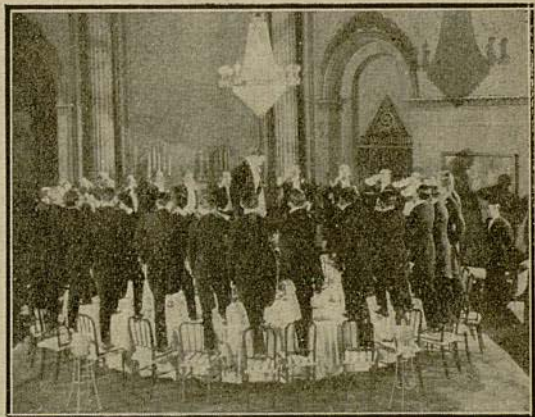
No entren mientras no llame. Bárbara.

Al poco hallábase en el muelle número 7, y Dan, que la esperaba presintiendo que ella acudiría a su invitación, la hizo embarcar en una canoa y se dirigió veloz hacia su barco, atracado a la entrada del puerto.

Cuando se halló sobre cubierta del barco en cuestión, Bárbara no pudo menos de decir, al ver el estado del mismo:

—Su barco estaría mejor si estuviera bien pintado.

—En mi próximo viaje lo haré restaurar, porque los negocios van cada día en aumento. El otro capitán era poco cuidadoso.



...brindaron por su dicha eterna con la linda Barbarita.

Barbarita buscaba con la mirada a la tripulación, y preguntó, extrañada de no ver a nadie:

—Pero ¿dónde están los muchachos?

—Están en tierra, pero vendrán en seguida. Pase... pase usted a mi camarote.

—No... Yo no puedo entrar aquí de ningún modo si no está la tripulación.

—No tema nada, señorita... ¿Desconfía usted de Dan?

—¿Por qué habría de desconfiar?

Y, orgullosa, Barbarita entró.

Dan, queriendo ser galante, ofrecióle un vaso de licor, que ella rehusó beber, y luego, sentándose a un rústico piano, tocó una alegre pieza, tarareándola.

Yo tomo mi placer donde lo encuentro.

La tripulación no llegaba, y Barbarita, que contempló con temor las numerosas fotografías, a cual más libre, pegadas a las paredes del camarote de Dan, dijo a éste, disimulando su recelo:

—Dan, deme mi abrigo. Debo marcharme a tierra en seguida, pues es ya tarde.

—¿Qué dice usted, niña? Usted no puede dejarme tan pronto.

Ya no le cabía duda a Barbarita de que Dan pretendía abusar de su soledad con ella, y comprendía que la tripulación no estaba avisada de su visita.

—¡Déjeme salir!

—Usted no debe desairarme así, Barbarita.

—¿Cómo se atreve usted a tratarme así?

Para usted yo soy la señorita Bárbara Fiske. No lo olvide.

—No sea usted loquita. Siempre se cree ser más que todo el mundo. Para mí no es usted ni más ni menos que cualquiera otra muchacha que haya venido a bordo. Dicho sea con todos los respetos.

La miró sonriente y, sentándose de nuevo al piano, siguió tocando y cantando:

Por ella me di de cuchilladas una noche...

¡Era una blanca escultural!

—¡Basta! — gritó Barbarita—. Lléveme a tierra inmediatamente.

En un armario había un revólver. Barbarita lo vió, y apoderándose de él apuntó a Dan.

Este, no perdiendo su sangre fría, dijo:

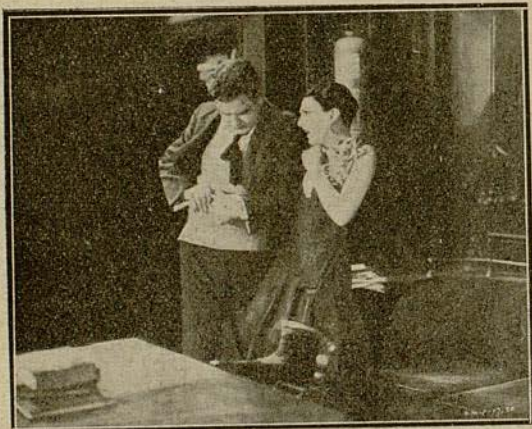
—Esa pistola no está cargada. Abrala y se convencerá.

Barbarita se vió vencida, y aprovechando su abatimiento, Dan le quitó la pistola y, cínicamente, le mostró que estaba cargada y la descargó en su presencia, dejándola de nuevo en el armario.

El bruto, desenmascarándose definitivamente, buscaba afanoso la caricia de los labios de la bella frívola, interrumpiéndole en sus pro-

pósitos la llegada de Bimbo, el cocinero de a bordo, un verdadero orangután por el tipo y un verdadero salvaje por los instintos.

El aludido miró con voluptuosidad a Barbarita, y Dan se vió precisado a echarlo de su



Dan le quitó la pistola.

camarote a empellones, cerrando la puerta.

Barbarita se consideró perdida, pero se defendería con las uñas y con los dientes.

Pero el bruto era muy bruto y se abalanzó a ella decidido a todo para saciar su apetito insano.

Y lo hubiese logrado de no haber irrumpido

en el camarote, por otra puerta, que logró derribar, el monstruoso cocinero.

El "orangután" codiciaba también a Barbarita, y la lucha entre los dos hombres fué terrible, siendo vencido Dan, que cayó sin vida al suelo, atravesado su corazón por un cuchillo.

La victoria obtenida sobre Dan hizo creer al cocinero que le proporcionaba el derecho de conquista de Barbarita, y se dirigió, mirándola lujuriosamente, hacia la infeliz millonaria.

Pero Barbarita, antes que sucumbir, apoderóse de nuevo de la pistola, la cargó con las balas que Dan dejó en el armario junto con el arma, y la disparó sobre el salvaje, matándole en el acto.

Cometido el crimen, que salvaba su honra, huyó como enloquecida entre las sombras de la noche.

*

**

Al día siguiente, cuando la señora Fiske, avisada por los criados de la tardanza de Barbarita en llamarles, para que la vistieran para la ceremonia, entró en la habitación de Barbarita, encontró a ésta terriblemente pálida y levantada. Había entrado en su casa sin ser

vista y no había dormido, pensando en las consecuencias de la aventura de aquella noche.

Su madre atribuyó el estado moral de su hija a la emoción que le producía el acto que iba a celebrarse aquella mañana, y la alentó a ser optimista.

Cuando Barbarita estuvo vestida, un detective solicitó hablar con ella.

¡Oh! ¿Se habría descubierto el crimen?
¿La iban a detener como una vulgar criminal?

Pero la cosa no pasó de susto, pues el detective, al ser introducido cerca de ella, le presentó a María, la doncella que pretendiera llevarse unos vestidos de ella, y le dijo:

—Es necesario que identifique a usted a esta mujer.

¡Qué alivio experimentó al comprobar que no estaba allí la policía por lo que ella se figuraba!

Y como la lección recibida aquella noche fué muy dura, dijo al detective, amparando a María:

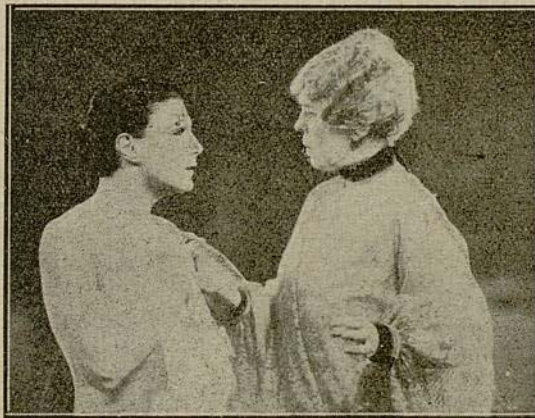
—Ya no tengo ningún cargo que hacer contra esta mujer. Retiramos la acusación.

Y al quedar a solas con la criada, murmuró:

—María, ahora ya comprendo muchas cosas

que antes no comprendía. Perdonémonos mutuamente.

La señora Fiske las sorprendió abrazadas, y censuró a Barbarita, mientras María se reintegraba a su antiguo puesto.



—*Por primera vez en mi vida estoy en mi entero juicio.*

—Pero ¿estás en tu juicio, hija mía?

Barbarita replicó:

—Por primera vez en mi vida estoy en mi entero juicio, y no gracias a ti, mamá.

—¿Cómo?

—Has sido tan insensatamente buena conmigo, mamá, que me has hecho creer que yo

era una diosa cuando no era más que una muchacha frívola.

... ..

Poco después se celebraba la boda.

Barbarita temblaba. ¿Se descubriría su crimen?

No, no se descubrió... no se descubriría nunca.

Unos chofers leían lo que publicaban los periódicos respecto del drama del "Lady Bárbara", y que era lo siguiente:

Doble homicidio.

El capitán y el cocinero del barco "Lady Bárbara" se han matado en espantosa riña. Ambos eran, últimamente, alcohólicos incorregibles.

Y comentaron entre ellos:

—Es un bonito crimen en el que nadie podrá ser ahorcado.

Barbarita podía, pues, vivir tranquila. Ella había matado a un monstruo en defensa de su honra; y dijo a Lloyd, una vez casados, estrechándose contra él:

—Lloyd, soy dichosa, muy dichosa, porque nunca más volveré a llamarme Bárbara Fiske.

FIN